

EL UNIVERSO NO TIENE PRINCIPIO

EL ORIGEN DEL HOMBRE

Has de saber que una de las verdades espirituales más abstrusas es que el mundo de la existencia, es decir, este universo infinito, no tiene principio.

Ya hemos explicado que los mismos nombres y atributos de la Divinidad requieren la existencia de seres. Aunque este tema ya ha sido tratado con detalle, volveremos a hablar de él brevemente.

Has de saber que un educador sin alumnos resulta inconcebible; un monarca sin súbditos sería una imposibilidad; un maestro sin estudiantes no tendría sentido; un creador sin criaturas sería contradictorio; un proveedor sin alguien a quien proveer no se explicaría. Los nombres y atributos divinos requieren la existencia de seres. Si pudiera imaginarse un tiempo cuando los seres no existían, tal imaginación sería la negación misma de la divinidad de Dios. Por otro lado, la inexistencia absoluta no puede devenir existencia. Si los seres no existieran en grado absoluto, la existencia no hubiese llegado a ser. Por tanto, como la Esencia de la Unidad (esto es, la existencia de Dios) es sempiterna y eterna, o sea sin principio ni fin, resulta indudable que este mundo de la existencia, este universo sin

límites, no tiene ni principio ni fin. Por supuesto, es posible que alguna de las partes del universo, una de las esferas, por ejemplo, pueda haberse formado, o pueda desintegrarse, pero las demás incontables esferas continuarían existiendo sin que por ello el universo se viera convulsionado o destruido. Por el contrario, la existencia es eterna y perpetua. Así como cada esfera tiene su comienzo, necesariamente tendrá un final, porque todo lo compuesto, ya sea en forma colectiva o individual, debe necesariamente descomponerse. La única diferencia es que algunas cosas se descomponen rápidamente, y otras más lentamente; pero es imposible que un ser compuesto finalmente no se descomponga.

Por lo tanto, es menester conocer qué fueron originalmente cada una de los seres de esta exaltada existencia. No cabe duda de que en el principio el origen era uno: el origen de todos los números es el uno, no el dos. Luego resulta evidente que en el principio hubo una materia única y que esta materia única adquirió una forma determinada en cada elemento. De esta manera, surgieron formas diferenciadas; formas diferenciadas que a medida que se producían iban independizándose. Los elementos se especializaban. Pero este proceso de independización no ocurrió, ni se consolidó, ni llegó a la existencia perfecta sino después de muchísimo tiempo. Los elementos se ordenaron, organizaron y combinaron en una infinidad de formas; o más bien, de la composición y combinación de estos elementos, aparecieron innumerables seres. Esta composición y ordenamiento se convirtió en un orden natural merced a la sabiduría de Dios y a su poder preexistente. Puesto que dicho orden natural se compuso y combinó con una unidad perfecta a tenor de una sabiduría y ley universales, resulta evidente que ese orden es obra de Dios, y no una compo-

sición y ordenamiento fortuitos. Por esta razón, de toda composición natural puede surgir un ser a la existencia; no así, en cambio, de una composición accidental. Por ejemplo, si un hombre, por medio de su propia mente e inteligencia, reúne y combina algunos elementos, ningún ser surgirá a la existencia, por cuanto el sistema no es natural. Esta es la respuesta a la pregunta implícita referente a si las existencias se producen por composición y combinación de elementos, dado que no es posible que reuniendo y mezclando esos mismos elementos se pueda crear un ser viviente. Tal suposición no tiene fundamento, pues el origen de esta composición proviene de Dios. Es Dios el que realiza la combinación de acuerdo con el sistema natural; pues de cada composición se genera un ser y se crea una existencia. Ya que el hombre no puede crear, una composición realizada por éste no produce nada.

En resumen, hemos dicho que de la composición y combinación de elementos, de su composición y proporciones así como del influjo que reciban de otros seres, han surgido formas, realidades infinitas e incontables existencias. Sin embargo, es obvio que este globo terrestre o existencia universal no adquirió su forma actual súbitamente, sino que atravesó gradualmente por varias etapas, hasta quedar engalanado con su actual perfección. Las existencias universales se asemejan y pueden ser comparadas con las existencias particulares, pues ambas están sujetas a un sistema natural, a una ley universal, y a una organización divina. Así hallarás que los más pequeños átomos del sistema universal son similares a las más grandes existencias del universo. Es notorio que estas últimas se crean en el seno una fábrica única y poderosa, bajo un mismo orden natural y una misma ley universal. De ahí que unos y otros sean comparables. Por ejemplo, en la matriz de la madre el

embrión humano suele crecer y desarrollarse gradualmente, pasando por diferentes estados, hasta que, finalmente, cuando se encuentra en el apogeo de la belleza, logra la madurez haciendo acto de presencia con perfecta apariencia y con la mayor gracia. De igual modo, la semilla de esta flor que observas no era al principio más que un ser humilde e insignificante; pero creció y se desarrolló en el seno de la tierra, apareció en diferentes formas, hasta que dio con esta condición de lozanía y gracia perfectas. De igual manera, es evidente que este globo terrestre, tras haber alcanzado la existencia, creció y se desarrolló en el seno del universo, atravesando una variedad de formas y condiciones, hasta lograr gradualmente su actual perfección, y llegar a engalanarse con incontables seres y aparecer como una organización consumada.

Por consiguiente resulta claro que la materia original, al igual que un embrión, estuvo constituida por elementos combinados y compuestos primordiales. Dicha composición creció y se desarrolló gradualmente durante el transcurso de numerosas edades y ciclos, pasando de un aspecto y condición a otro, hasta aparecer con la perfección, orden, disposición y concierto actuales gracias a la suprema sabiduría de Dios.

Pero retornemos al objeto de nuestro tema, a saber: que el hombre, al comienzo de su existencia en la matriz de la tierra, al igual que el embrión en la matriz de la madre, creció y se desarrolló gradualmente, pasando de una forma a otra, de una condición a otra, hasta manifestarse con la belleza, perfección, fuerza y poder presentes. Seguramente, en un principio el hombre no poseía ese encanto, gracia y elegancia. Sólo de manera gradual llegó a poseer la figura, forma, belleza, gracia y elegancia. No hay duda de que el embrión humano no apareció de una vez con el aspecto

actual, ni fue entonces la manifestación de las palabras; "Bendito, por tanto, sea Dios, el más excelente de los Creadores."¹ De un modo escalonado atravesó condiciones y estados varios, hasta dar con la forma, belleza, perfección, gracia y encanto de ahora. Queda probado, pues, que el desarrollo del hombre sobre la tierra hasta su estado de perfección actual es comparable al crecimiento y desarrollo del embrión en la matriz de la madre: gradualmente transitó de una condición a otra, de una forma a otra, de un aspecto a otro, pues ello está de acuerdo con los requisitos de la ley divina y de un orden universal.

Es decir, el embrión pasa por diferentes estados y atraviesa numerosos grados hasta que los signos de la razón y la madurez aparecen y hasta alcanzar esta forma actual en la que se hacen manifiestas las palabras: "Alabado sea Dios, el mejor de los Creadores". De igual manera, la existencia del hombre en esta tierra, desde el comienzo hasta que logra el estado, forma y condición presentes, data necesariamente de mucho tiempo atrás y ha atravesado muchos grados antes de llegar a esta condición. Ello no obstante, el hombre constituye desde el comienzo de su existencia una especie diferente. De igual modo, el embrión humano posee al principio una forma extraña en la matriz de la madre; luego el embrión pasa de una forma a otra, de un estado a otro para finalmente manifestarse con la mayor belleza y perfección. Pero aun estando en la matriz de la madre, con esa forma extraña, enteramente diferente de la que será su figura, continúa siendo el embrión de una especie superior y no de un animal. Su rango y esencia no sufren cambio alguno. Ahora bien, admitir que existen vestigios de órganos que actualmente han desaparecido,

¹ *Corán* 23:14.

no constituye prueba de la transitoriedad y falta de singularidad de las especies. A lo sumo, prueba que la forma, figura, órganos humanos han progresado. El hombre fue siempre una especie distinta, hombre no animal. De modo que si el embrión humano pasa en la matriz de la madre de una forma a otra, al punto de que la forma posterior en nada se parece a la anterior ¿es esto acaso una prueba de que la especie haya cambiado, de que al principio fuese un animal y de que sus órganos hayan progresado y se han desarrollado hasta convertirse en el hombre? ¡No, por cierto! ¡Cuán trivial y carente de fundamento es tal pensamiento! La prueba de la singularidad del género humano e independencia de la naturaleza humana resulta evidente y notoria.